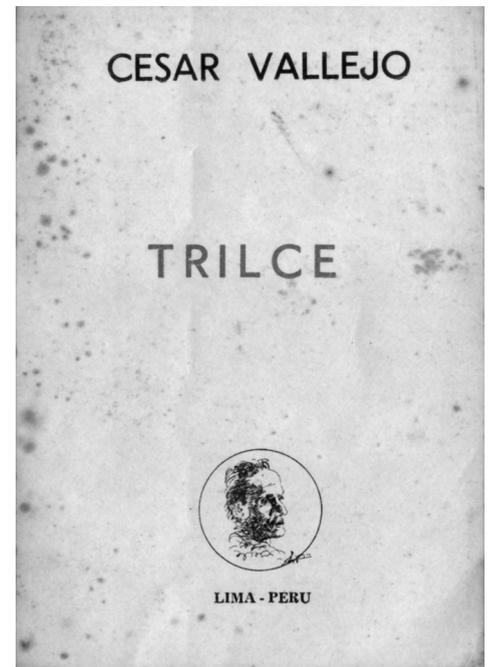
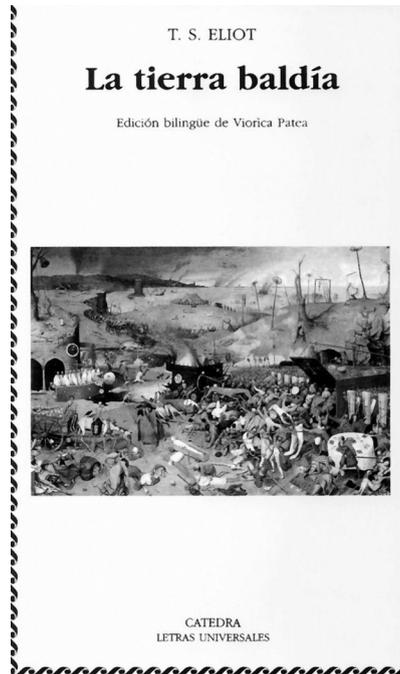
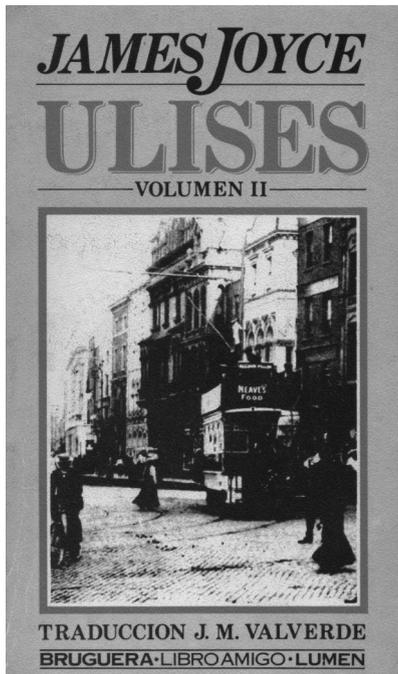


1922

Mauricio Molina



Hace noventa años, aparecieron tres obras que marcarían para siempre el destino de la literatura. En ese año se publicaron ni más ni menos que el *Ulises* de James Joyce, *La tierra baldía* de T. S. Eliot y *Trilce* de César Vallejo. Estas obras dejarían una impronta imprecadera para la expresión verbal. El *Ulises* de James Joyce cierra el ciclo de la novela clásica. Joyce lleva hasta sus límites los procedimientos estilísticos y formales de un género que hasta ese tiempo había desarrollado sus propias formas internas desde *El Quijote*. Como heredero de una tradición que va desde Cervantes hasta Flaubert, Joyce llevó a cabo una crítica instrumental de la materia narrativa análoga a la que había realizado Mallarmé en “El golpe de dados...” para la poesía hacia 1899. En una entrevista acerca del *Ulises*, Joyce hizo la siguiente afirmación perturbadora: “Quiero dar una visión de Dublín tan completa que si la ciudad un día desa-

pareciera de repente de la faz de la tierra pueda ser reconstruida gracias a mi libro”. En homenaje a esta obra monumental, Borges escribió un poema entre cuyos versos escuchamos:

Señor: dame coraje y alegría
Para escalar la cumbre de este día.

La tierra baldía de T. S. Eliot, por su parte, es un poema sobre la desintegración de Occidente. La sensación de que sólo nos quedan unos cuantos fragmentos de una cultura en decadencia que desembocaría en el apocalipsis de la Segunda Guerra Mundial. La visionaria previsión de Eliot le permitió construir un poema cuya singularidad todavía nos es refractaria. Ecos de Dante, San Agustín, Nerval o Baudelaire, sustentados en los mitos del ciclo artúrico de la tierra desgastada. Su vigencia permanece indeleble y su equivalente en nuestra len-

gua sería sin duda *Pedro Páramo*, la imborrable novela de Juan Rulfo.

Trilce de César Vallejo, por su parte, permanece como una cristalización mayor de la poesía latinoamericana. Escritos durante su estancia injusta en prisión, los poemas que conforman el breve pero intenso poemario reflejan no sólo la condición precaria de la palabra poética frente al mundo, comparable a las voces más profundas del siglo pasado, como Paul Celan o Edmond Jabès, sino una poderosa expresión del sufrimiento humano que se eleva hacia las cumbres del lenguaje.

Vallejo escribe:

El traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera:
lo lavaba en sus venas otílicas
en el chorro de su corazón y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia **u**